

Las chicas de Paseo de la Reforma, mira qué cosa más linda

Jesús Vicente García



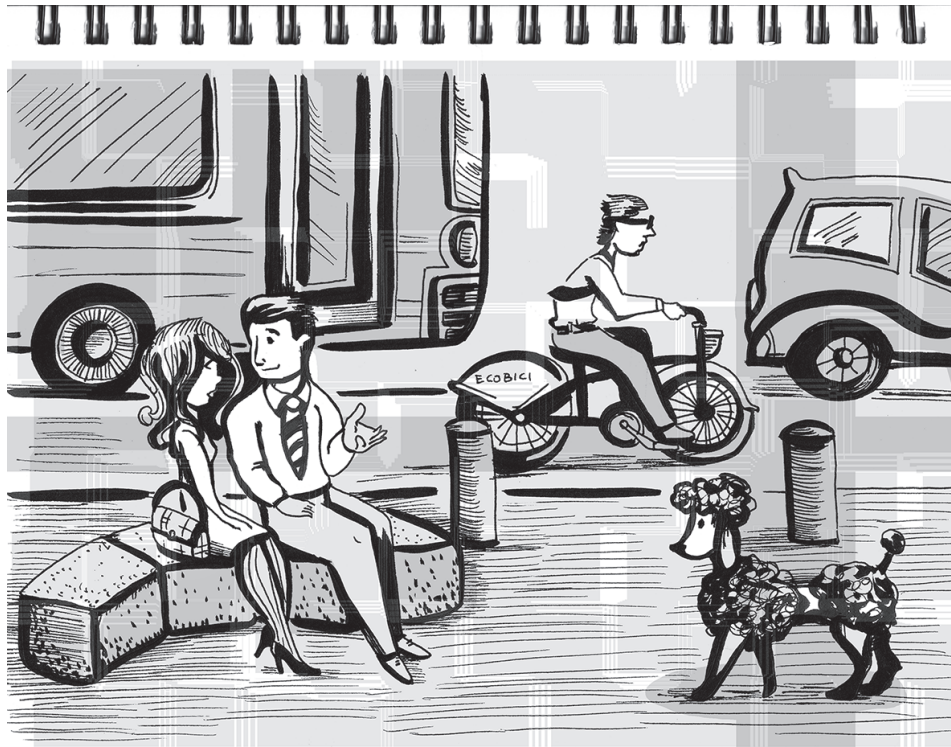
*Yo paseo con calma, con ojos, con zapatos,
con furia, con olvido,
paso, cruzo oficinas y tiendas de ortopedia, [...]*

PABLO NERUDA, "Walking around"

EL RITMO DE LOS TACONES PROVOCA LA MIRADA de los hombres a través de los oídos. La banqueta —alfombra roja de la calle, sitio en que las historias pasan, se quedan y vuelven a pasar— es la pasarela de esas mujeres que sí tienen los pies bien puestos en la tierra para gracia y fortuna de los hombres que hacen de la calle su nexo con el mundo.

Paseo de la Reforma —espacio por donde pasan las marchas con todo tipo de motivos, en que los automovilistas hacen gala de su educación vial, lugar en que los ciclistas pedalean en zonas prohibidas para ellos, ahí, exactamente, caen las lenguas del sol que arrasan con todo lo que se les ponga enfrente, y la lluvia de verano que puede aparecer en primavera—, a toda hora, es el escenario en que los fabricantes de zapatos podrían ver la causa y efecto de su producto con modelos de estaturas y biotipos diversos.

Mujeres oficinistas con traje de casimir, conservadores, atrevidos y descarados, con pantalón de caída de lluvia o los justos que provocan que los hombres enloquezcan, que el cuello se les tuerza como la niña Regan MacNeil del *El exorcista* por ver quién tiene ese porte que los hace girar para que la mirada sea más que un telefoto, que los ojos se conviertan en drones, porque además de sentir por la nariz la caricia de un efluvio oficinesco, estos hombres que también caminan en la misma ciudad y con la misma gente escuchan el taconeo que atraviesa el camellón y las banquetas de Paseo de la Reforma, que han sido cambiadas para justificar un presupuesto, pero que las mujeres de los bancos, casas de bolsa, periódicos, revistas, instituciones, plazas comerciales, aseguradoras, notarías y demás giros comerciales aprovechan para salir a comer y, ya sea en la ida o en la vuelta, regresan con la parsimonia que permite el tiempo y la seguridad de un cigarro en la mano derecha, junto al celular, bajo su bolso que fue asignado ese día para formar parte de su vestimenta, y si el lector baja la mirada, podrá ver el zapato que ha hecho de la mujer todo un abanico de posibilidades imaginativas, de interpretaciones fálicas, sexuales, estéticas.



¿Acaso no fue Freud quien dijo que el zapato es símbolo de los genitales femeninos, porque es el hueco en el que se introduce el pie, en tanto que el tacón representa el falo? El zapato no es sólo un aditamento para cubrir los pies del piso, también hay quien afirma que es la felicidad, nos permite estar en el mundo cubierto de sus inmundicias y al mismo tiempo obligando a bajar la mirada y a elevar el deseo por esas chicas de Reforma, de Ipanema, del mundo: “Mira qué cosa más linda, más llena de gracia es esa niña que viene y que pasa en dulce balanceo camino del mar”.

Bien podría venir esa chica de Insurgentes, de Bucareli, de Juárez, pero todas confluyen hacia Reforma, en donde los edificios han detenido su historia en su arquitectura para honrar a las mujeres que viven su tiempo, con su teléfono en el oído, en el pantalón, en la bolsa pequeña del saco de casimir, muy cerca de la sonrisa brillante que la comida de las dos de la tarde, de las tres, de las cuatro ha dejado con el último líquido en la sobremesa de alguno de esos lugares que visitan los trajeados y las trajeadas, estudiantes, periodistas, fotógrafas, editoras, jefas de piso, gerentes, escritoras, poetas, secretarias, publicistas, líderes de sección, mujeres que dominan el mundo comercial, político y social y el ambiente de oficina y se acercan

al *Caballito* de Sebastián, a la Lotería Nacional, y miran hacia el Castillo de Chapultepec, como si anduvieran la ruta que la emperatriz Carlota mandó hacer por vía y capricho de sus celos. El Paseo de la Emperatriz, tres y medio kilómetros del Castillo a Palacio Nacional construido sólo para echarle un ojo al mujeriego de Maximiliano, liberal y gustoso por las oriundas de este México del siglo XIX, ya que en esa distancia todo podría suceder entre Max y la sociedad femenina del mil ochocientos, lo que Carlota no podría permitir, y así su aportación a la ciudad se convirtió después en el Paseo de la Reforma, el lugar de los amores cínicos y clandestinos, de la vegetación, de las sombras con más romanticismo que una novela gótica.

Por supuesto que ahora Paseo de la Reforma simboliza otra cosa, el desacuerdo y el acuerdo de las marchas, y también el camino que desemboca al centro; si uno encuentra Reforma, encuentra la vida. Y en esta hora en que van y salen de las fondas, los restaurantes, los cafés, en plena semana normal de actividades, puede aparecerse la mujer ideal, la deseada, la no alcanzada, la Dulcinea en tacones, la Maritornes con prisa o la chica ajena a los estereotipos de la televisión: “Bella de cuerpo dorado por el sol de Reforma, tu movimiento es más que un poema, es la cosa más linda que yo he visto pasar”.

Y a la que también Basilio canta y así me vuelve a la realidad. Vamos hacia el poniente, a uno de esos edificios para esperar a su novia. Andamos bien vestidos, porque el trabajo lo exige: trajes rectos, sombreros de ala ancha, pañuelos para el contraste, pañoleta para el sudor del cuello. Y las mujeres y los hombres siguen deambulando; pensamos que el mundo está hecho de mujeres, que no es verdad que el hombre mande, aquí es ella quien ordena, quien dicta lo que debes mirar, qué camino andar, qué sentir y hasta nos impera escuchar un *bossa nova*, la letra que Vinicius de Moraes hizo canción y que cantó Antonio Carlos Jobim: “Ah, si ella supiese que cuando ella pasa, el mundo sonriendo se llena de gracia y parece más lindo gracias al amor”.

No cabe duda que es primavera todavía y que el verano se avecina porque una gaviota pasa enfrente de nosotros. “Podría ser una paloma”. “Dime diferencia entre paloma y gaviota”, cuestiona el respingado Basilio. Parece pregunta con trasfondo político. Guardo silencio. Seguimos esperando enfrente de un predio de Reforma muy cerca de Juárez, de la fuente que asperja agua puerca y refrescante, y desde aquí veo el edificio de los senadores, donde están esas mujeres con zapatos que atraen los oídos y las miradas, esos tacones que, según los expertos, consideran que con menos de seis centímetros es tacón bajo, entre los seis y ocho y medio es de tacón mediano, y cualquier zapato que pase de los ocho y medio es alto. Como los versos de arte mayor y menor. Los de tacón bajo son para antes de entrar a la oficina, y los altos para estar en ese mundo de escritorios, computadoras, sillas, chismes y acoso. Basilio recibe un *guats*. Me lo lee. “Espérame en el Sanborns de Lafragua, plis. Besos”.

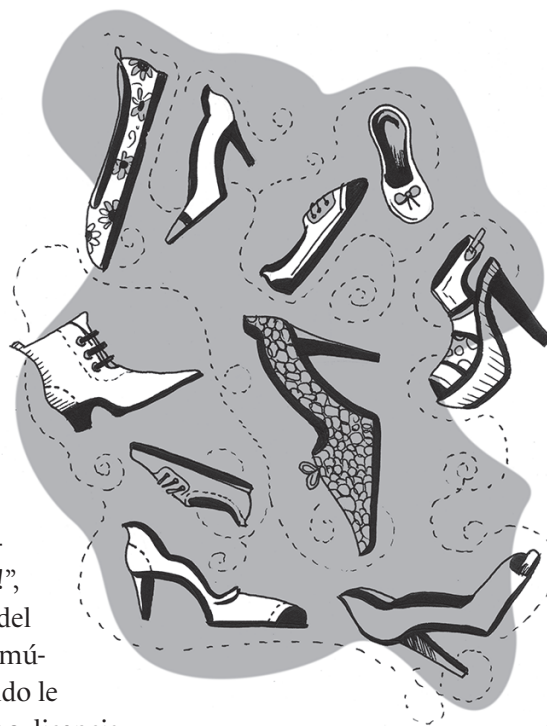
Sanborns, Reforma y Lafragua, casi en la esquina donde asesinaron a José Francisco Ruiz Massieu, ex

governador de Guerrero, el 28 de septiembre de 1994, muy presente lo tengo yo. “Fue en la esquina”, dice Basilio. “Fue a las afueras del hotel Casablanca, ese que está allá enfrente”, señalo con el dedo. Sol recio, contingencia, contaminación en todo lo alto. Las jóvenes pasan y Basilio quiere bolearse los zapatos en lo que llega Zafiro. Le recuerdo que entro a trabajar en dos horas y no he comido. Me pide que espere, por favor. Me siento como un tonto. Decido irme, llegue o no llegue Zafiro, además es una cita de novios y yo qué hago ahí. “No es de novios. Es para conocerte”. ¿Me lee el pensamiento? Sigue tarareando “La chica de Ipanema” y se sienta en el sillón de la boleada, desde las alturas se acomoda el sombrero y como don Quijote al describir a los ejércitos en el campo de batalla, empieza a explicar qué tipo de zapatos lleva cada mujer que pasa por ahí, sobre todo las que salen y entran de dicho restaurante; el bolero cuarentón lo ve y lo escucha asintiendo, pero con rostro de admiración.

Basilio sostiene que aquella mujer falda corta y ojos grandes tiene en sus pies unos *peep toes*, “con una pequeña abertura en la parte delantera, dejan a la vista al menos dos o tres dedos del pie. Sólo le puedo decir que estuvieron de moda en los años cuarenta y cincuenta, aunque siguen siendo actuales, son principalmente para verano e invierno. La que va con el novio porta unos *pump*, de salón, escotados y de corte bajo en los laterales, poco adorno, el color negro le va bien con el pantalón azul marino, es todo un clásico; las de aquella son *mules*, tacón alto; la grandota piernas largas y pantalón *beige* usa unos *slippers* bajos que parecen de bailarinas y que en las oficinas gustan mucho, es elegante. ¡Miren esa morena voluptuosa!, con sus *flappers* para mujeres modernas y liberales como en los años veinte para el *charleston* o el tango, de pulsera al tobillo y cierre con hebilla lateral”. Continuaron en la

pasarela de concreto los escarpines con empella o modelo Dorsay, 1838, cuando el conde Dorsay a partir de un zapato de salón *unisex* creó un modelo puramente femenino. “¡Ah, chingá!”, exclamo desde lo más profundo del alma mientras el bolero quita la música de su radio y de vez en cuando le dice a Basilio: “Usted sabe mucho, licenciado”. Y sigue con unos *Mary Janes* bajo una falda corta, de pulsera al tobillo, unos *gladiator*, *flip-flops* o zapatilla, mocasina; *T-strap*, botas a la altura y arriba de la rodilla, al muslo, de pierna completa; *bootie* o botín, al tobillo o *ankel boots*; Oxford, espadrilles, tenis, zapato deportivo o *sneaker*. El tipo o estilo de tacón es *stiletto heel*, *kitten heel*, plataforma, *cone heel* o tacón tipo cono, el cuadrado, también el de punta cerrada, de punta abierta, sin pulseras o tiras, variaciones de *open toe*, el de tacón alto y con escote para enseñar el empeine, el *open toe* más abierto que enseña casi todos los dedos del pie; el botín plano, de tipo chelsea, inspirado en los años sesenta, plano y con goma en los tobillos, aunque también pasan los de ligera inspiración *cowboy*, para las mujeres que gustan de lo casual y elegante, como los de pescado, los de cuchara. “Ah, la bota de tacón, la que nunca pasará de moda”. Y mira a una güera de botas como lo hacía Pedro Infante al ver a “La Zapatitos”, en *Necesito dinero*, desde su taller.

Sólo se calla cuando su teléfono suena con una rola de *ZZ Top*. Es Zafiro, por supuesto, que si mejor la espera en Reforma y Bucareli, porque no está en donde acordaron, sino en Humboldt, cerca de Morelos.



Caminamos por las banquetas cuadradas, frente al *Caballito* amarillo, todo retorcido sin mayor gracia que la de ser una referencia, y la calle se convierte en una playa en que la chica de Ipanema es la de Reforma de la Ciudad de México, con un calor que exige una sombra y donde las mujeres son

las dueñas de este lugar. Pasamos por Bucareli, frente a la Lotería Nacional, cerca de los dos periódicos más viejos del país, *El Universal* y *El Excelsior*, erigidos como testigos de la historia en donde las mujeres le dan vida y también hombres como Basilio que las homenaja, las espera, las enamora, las ama, las besa, las invita a comer, como espero sea el caso con Zafiro que, como Dulcinea, la conozco de oídas y no de vista. Y no sé si por ella Basilio sabe tanto de zapatos o es por los zapatos que la habrá conocido en esta ciudad de mujeres y tacones que nunca descansan, como si su ritmo moviera el mundo, y descubro que mediante el calzado se llega al corazón. A juzgar por la dama que se estira de puntitas sobre sus zapatos abiertos y de pulsera para saludar a Basilio, él ya superó esa etapa y se ve dispuesto para la siguiente batalla del amor que anda en zapatos gris perla, falda corta que cubre unas caderas amplias y pechos ídem, y yo me quiero acercar pero mis pies me fallan, un calambre en pleno Reforma a las tres de la tarde me hace quedarme quieto... “mira qué cosa más linda, más llena de gracia es esa niña que viene y que pasa en dulce balanceo camino del mar”. ■■■